

R. Cabrera Méndez

Nobrian

SOBRECOGÍALE de pronto la sensación de ser otro hombre, un hombre sin pasado y sin mancha que acabase de nacer y se encontrase una mañana, estupefacto, avizorando esperanzas en la vida infinita, lo mismo que navíos sobre el rumor profundo y vasto del mar.

Pero el asalto de los recuerdos volvía a ponerle sobre el espíritu su carga de angustia y el dolor se arrebuja de nuevo en su corazón. Conducido por el vaivén incesante de sus pensamientos, Nobrian sentía ser ahora él mismo. Nada le desataba realmente de su conciencia, y en ella su hermano y su madre estaban presentes, vivían y hablaban palabras familiares y tranquilas, dichas en la voz baja de la tristeza.

Tirado de bruces sobre su cama, experimentaba entonces la convulsión del llanto, que ya no tenía lágrimas, y su gemido sin voz se sucedía y se prolongaba hasta la fatiga. Luego venían el anonadamiento y el silencio, los solos latidos del corazón, el golpe de la sangre contra las sienes, el sueño lleno de sobresaltos y los implacables naufragios de los ensueños.

Sacudido por uno de estos violentos despertares, Nobrian se incorporó vivamente y fué a mojar la cabeza en el lavatorio.

Miróse al espejo la cara enjuta y pálida y sostuvo su mirada fija en los propios ojos enrojecidos. A aquel muchacho inmóvil que le miraba, contraído el grave gesto, debió de hacerle serias reconvenciones. Miles de pensamientos se cambiaron en silen-

cio y, por último, sonriéndole con un rictus de dolorosa piedad, le dijo lentamente: ¡Pobre hombre!

* * *

Aquella noche salió de su casa y, hasta el día siguiente, estuvo vagando sin fin, agitado por una incontenible desesperación. Resonaba su paso en las calles desiertas y el ruido llegaba a mortificarle de tal modo, que a ratos caminaba casi en puntillas.

Sin habérselo propuesto, pasó varias veces frente a la Virgen que, cerca de la parroquia de Santa Ana, se alza toda blanca, ceñida con su corona de luces.

Recordó cómo se había detenido allí en otro tiempo, cuando pequeño, junto con su madre, para rezar con ella el Ave María. Entonces, entre los males cotidianos, anidaban en su corazón algunas alegrías ingenuas y muchas esperanzas inocentes y dulces como el celeste resplandor de la Inmaculada.

Ahora sentía su soledad inmensa y a su duelo se unía el recuerdo de todos los padecimientos de su madre, su enfermedad, su trabajo heroico, su abnegación sobrehumana y su piedad que perseveró a través de todas las desventuras.

Más allá se detuvo de nuevo ante el Cristo que se ofrece en una hornacina al costado de la catedral.

Sobre la imagen una débil lámpara arrojaba sus reflejos agonizantes, y de agonía era también la expresión en el rostro del Nazareno.

Contemplándole, todo el pasado y todo el presente de Nobrian vino a agolpársele bajo las sienes, a oprimirle cruelmente la garganta, a romperle los latidos del corazón. Y en un instante aquel cuerpecillo estrangulado por la desdicha entera del mundo, exclamó sollozando:

—¡De qué nos has redimido!

* * *

Por el agua tranquila del río pasan las nubes en grandes re-

baños blancos. Un vaporcillo remonta con lentitud la fila de sus balsas cargadas, hundidas bajo la línea oleante de la superficie. Las aguas bajan mansamente y van lamiendo las verdes orillas hacia la costa. Luego se abren en dos brazos desiguales y al centro dejan alzarse el lomo oscuro de una pequeña isla, donde los árboles levantan sus ramas de infinitos matices verdes.

Sobre la arena de la playa, Nobrian, la cara al cielo, se ha quedado dormido. Sueña.

Cambiantes paisajes, sucesivas escenas le ruedan, suaves, sobre la frente. A la distancia, por un camino desconocido, se acercan los Reyes... Melchor, Gaspar, Baltasar...

Han venido siguiendo una estrella. Aquí es la noche aún; pero en el aire, cruzado por el Ángel, se escucha ya la voz inmensa: ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Los montes renacen al conjuro del día. La tierra canta. Triunfa la mañana. ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Desde el refugio de su cuenca escondida, el pájaro vuela a beberse la luz del sol, en el horizonte. El árbol tiembla en su ramaje aterido, y las bestezuelas brincan, alegres. ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Melchor, Gaspar, Baltasar han venido.

El incienso quiere pacificar los corazones. La mirra quiere aromar la vida. El oro quiere exaltar al hombre.

El hombre sacude su cabeza entenebrecida. Se rompe la niebla de su mirada y una claridad alegre y buena le posee el corazón y el espíritu. Han caído los pensamientos pertinaces, la amargura hostil, la inquietud. Queda el dolor, el noble dolor.

Y el hombre está ya a la altura auroral de la mañana y, junto a su obra por comenzar, sonrío.

Sonríe a la vez con' sufrimiento y alegría.

El cielo azul es hijo de la tormenta oscura,
y el alba es ave que duerme en el nido
de la noche.